



*Desde el
corazón*

4
grandes
novelas
de

*Corín
Tellado*

con prólogo de Rosa Villacastin



Cuatro de las mejores novelas de la escritora más querida por varias generaciones de mujeres. Prólogo de Rosa Villacastín. Corín Tellado, cuyas novelas hicieron soñar a más de cuatrocientos millones de lectoras de España y Latinoamérica, fue tejiendo, con esmero, su obra a lo largo de cincuenta y ocho años. Este libro, que reúne cuatro de sus mejores novelas, rinde homenaje a una de las escritoras más queridas por varias generaciones de mujeres. Pero también es un homenaje a sus lectoras, que disfrutaron y se emocionaron con sus historias de amor. Las novelas que integran Desde el corazón demuestran que Corín estaba atenta a la evolución de la mujer en la sociedad. Pero pese a los cambios, las mujeres continuaron luchando por su felicidad, y eso ella lo sabía. Porque Corín Tellado siempre escribió desde el corazón.

Índice de contenido

Cubierta

Desde el corazón

Capítulo

I. El regreso

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

II. Espero verte después

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

III. El caso de Sandra

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

IV. Decide el destino

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Sobre la autora

Prólogo: Libertad sin ira

Conocí a María del Socorro Tellado (nombre real de Corín Tellado) allá por el año 1996. Me recibió en su casa de las afueras de Gijón, e inmediatamente surgió entre nosotras una corriente de simpatía, de complicidad, de respeto, que con el tiempo fructificó en una sólida y sincera amistad.

Mujer de una personalidad apabullante, era la antítesis de la mayoría de los personajes femeninos de sus novelas: fuerte, sincera, directa en el trato, amante de la libertad. Fue la única escritora de novelas románticas capaz de romper barreras infranqueables en una España que si por algo se caracterizó en esos años —la posguerra— fue por su encorsetamiento y represión extrema, fruto de una religión y una política opresora que relegó a la mujer a un segundo plano, a la invisibilidad, sin apenas derechos, solo apta para el matrimonio y la maternidad.

De ahí el éxito de sus historias, que nada tenían que ver con su vida privada pero que hacían soñar a millones de mujeres con un mundo diferente, más amable y llevadero que aquel en que les había tocado vivir. Historias que la escritora asturiana fue tejiendo, con primor, a lo largo de cincuenta y ocho años, hasta conseguir que lo real y lo ficticio se mezclaran tan estrechamente que fueron muchos los que pensaron que Corín era como sus heroínas y sus heroínas como Corín.

Pero nada más lejos de la realidad, ya que si por algo se caracterizó esta pequeña gran mujer fue por sus enormes ganas de vivir, por su constancia y valentía a la hora de to-

mar decisiones difíciles, arriesgadas, entre otras su ruptura matrimonial en una época en la que el divorcio estaba prohibido y la separación se cobraba un alto precio. Un precio, el de la soledad sentimental, que en el caso de Corín la catapultaría a la fama.

Separarse de su marido cuatro años después de la boda fue una decisión que, aunque difícil y traumática, le permitió tomar las riendas de su propia vida, de su propio destino sin tener que dar cuentas a nadie, y menos a un hombre que, si bien es cierto que le dio dos hijos —Begoña y Domingo, que fueron los dos grandes amores de su vida—, también lo es que fue un motivo de amargura, quizá porque, como ella misma me comentó en una ocasión: «Él habría sido muy feliz con otro tipo de mujer, y yo con otro tipo de hombre». Sea como fuere, lo cierto es que la razón última de la ruptura de la pareja quizás haya que buscarla en la incapacidad de Domingo Egusquiza —un hombre alto y rubio como la cerveza— para asumir sin complejos la valía de su mujer, quien a sus treinta y dos años ya estaba considerada una de las novelistas españolas más famosas de su época. Una fama que se vio compensada en lo económico con la firma de un contrato con la revista *Vanidades* —de gran difusión en Hispanoamérica— que le dio la estabilidad económica que no tenía a nivel sentimental, así como la posibilidad de conectar con lectores de otros países y otras mentalidades. Lectores que la han seguido a lo largo de su carrera hasta convertirla en el autor más leído en lengua castellana, después, claro está, de Miguel de Cervantes.

Prueba de que sus novelas interesaban a todo tipo de público fueron los elogios que de ella hizo el gran escritor Guillermo Cabrera Infante, al que conoció cuando era corrector de pruebas en *Vanidades*, quien la definió con una frase que estoy segura sonrojaría a Corín: «La inocente pornógrafa», por la facilidad que tenía a la hora de hurgar en los sentimientos del alma femenina y su capacidad para po-

tenciarlos hasta conseguir que las lectoras los hicieran suyos.

«Yo iba a misa todos los días cuando era niña, hasta que me enfrenté con un cura que cuando me confesaba me preguntaba cosas que me parecían inmorales. Volví a la iglesia cuando mis hijos se hicieron mayores y tuve que predicarles con el ejemplo. Siempre pensé que el sexo no era pecado, pero no se lo dije a mis hijos. A ellos los eduqué de otra manera. Tuve que ser severa y a veces me lo reprochaban, pero creo que fui como tenía que ser».

Son muchas las confidencias de este tipo que me hizo Corín Tellado a lo largo de los años, lo que me permitió tener un conocimiento más certero de su personalidad, no solo como mujer sino también como madre, como amiga, pero sobre todo como psicóloga, porque la novelista fue una gran psicóloga, carrera que no terminó por falta material de tiempo pero que le sirvió para llevar al papel experiencias propias y ajenas.

Porque quienes han seguido las andanzas de las protagonistas femeninas de Corín Tellado saben que estas han ido evolucionando al mismo tiempo que lo hacía la sociedad española. «Las mujeres aprendieron conmigo, a veces leyéndome a la luz de las velas, ya que la vida en mis novelas era muy diferente de como se reflejaban en la vida real: sin libertad, aferradas a unos conceptos que no existían. Prueba de ello es que después de cincuenta y siete años me sigo encontrando con personas que me dicen: “Gracias a sus novelas he aprendido a amar”». A amar y a caminar, diría yo, por un mundo que, como el de la propia novelista, fue más ingrato de lo que cabría esperar. Y es que nadie —nadie— se lo puso fácil a esta mujer, solo por el hecho de serlo, lo que la obligó a romper algunos de los moldes sobre los que se asentaba la sociedad de la época.

Pero no solo de amor escribía Corín Tellado: también lo hizo sobre aspectos menos amables de la actualidad, como el aborto, o la soledad que siente Sandra, la protagonista

de *El regreso*, cuando toma la decisión de sacar adelante a su hijo con la sola ayuda de una amiga a la que conoce en una casa de maternidad. Tampoco es casual que las protagonistas de algunas de las novelas seleccionadas para este volumen titulado *Desde el corazón* sean profesionales de la medicina, mujeres independientes en lo económico, que no en lo sentimental, que se ven abocadas a una lucha para la que nadie las había preparado —como le ocurrió a la propia escritora— y en la que se dejaron alma, corazón y vida.

Es curioso que siendo una persona que apenas salió de su Gijón natal tuviera el conocimiento que tenía de otras culturas, de otros países, de otras mentalidades y costumbres, especialmente de la anglosajona, a la que conocía y admiraba.

Hay un aspecto que no quisiera dejar de abordar en este prólogo, porque creo fue el que más feliz la hizo y el que con tanto acierto llevó al papel la escritora asturiana: el de madre. Al respecto dijo en una ocasión: «La maternidad me aportó ternura, un gran amor maternal, si bien eso no me influyó en modo alguno para negar la situación de la pareja, que son cosas bien distintas. El amor de madre y el amor de mujer solo se juzgan por la palabra».

Considerada por el *Libro Guinness de los récords* como la autora más vendida en lengua castellana, a Corín le quedó por hacer realidad un gran sueño: publicar una «novela grande», pero a cambio nos dejó, eso sí, cinco mil títulos que han hecho las delicias de millones de lectoras de todo el mundo y contribuyeron a sacar de la ignorancia a una juventud que hizo de Corín Tellado su heroína particular.

Rosa Villacastín

I. El regreso

Es más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo.

W. Blaque

1

Realmente, no sé cómo empezar esta historia o, digamos, vivencias; el caso es que mi vida está ya encauzada, que no tengo en ella vacilaciones, que está consolidada y que cuanto más se consolida, más deseos tengo de escribir por qué estoy aquí, por qué pierdo el tiempo en recordar y por qué, en fin, se me ocurre volver a vivir, aunque solo sea con el pensamiento, aquellos momentos duros que me produjeron hasta un acercamiento al suicidio.

Pero, si vamos a contar la historia, vale más ir por orden cronológico y adaptarme día a día, con soltura y fluidez, sin causar tedio, a cuanto aconteció en su momento y me ha convertido a mí en una resentida. Digamos en una resentida con razón, ya que, a la sazón, ya, no tengo resentimiento ni odio. Pero supongo que eso se debe a que soy feliz. Porque lo soy.

En este momento, tengo veintisiete años, pero cuando empezó todo tenía dieciséis. Había terminado el bachillerato en el instituto, había sacado una puntuación de nueve en la selectividad y mi deseo, mi vocación y mi afán, era ser médico.

Pero el destino, esa cadena llena de eslabones que nunca sabes cómo ni por dónde va a discurrir, vino, me dio el mazazo y torció todo el sendero que yo confiaba en recorrer.

Veamos cómo se desvió mi vida en aquel momento crucial. Todas las chicas, o casi todas, tienen novio a los dieciséis años y más si son monas, simpáticas y alegres.

David Perol era hijo del teniente de alcalde de la villa. No he dicho aún que vivía en una villa, o que vivía en aquel entonces. Una villa costera, preciosa, del litoral del norte. Allí todos nos conocíamos, y yo era aún más conocida, porque mis padres tenían una tienda que hacía las veces de bi-

sutería y mercería en la plaza mayor y una casa de dos plantas, donde vivíamos bien. Éramos, se diría, una de las familias mejor acomodadas de la villa, y a los padres de David, por ser el padre teniente de alcalde, pues tampoco se les consideraba una familia vulgar. Ya sabemos que en una villa de esas, además de conocerse todo el mundo, hay mucho prejuicio, mucha hipocresía y son muy estrechos, lo que hoy se dice retrógrados.

Pero, como no voy a contar la historia de ellos, sino la mía, me dirijo al objetivo sin más.

Mis relaciones con David estaban bien vistas por sus padres y por los míos. Ellos, las dos parejas, eran amigos, de modo que, por lo visto, todo quedaba en casa.

Pero ocurrió que, si bien nuestros padres tenían muchos prejuicios y retraso mental, David y yo lo que teníamos era una locura amorosa y... pues eso. Hacíamos el amor. No lo hicimos demasiado tiempo, esa es la verdad, porque, como pardillos, caímos en la equivocación de carecer de información sexual y... no nos protegimos.

Yo creo que nos quisimos con locura. ¡El primer amor! Sería lógico que mi madre me previniera y que el padre de David lo hiciera con su hijo. Pues no. Ellos debieron de pensar que un amor de adolescentes era como una brisa que no deja huella. ¡Ya, ya!

Yo tenía, como he dicho, dieciséis años, David diecinueve. Era mal estudiante y había elegido Derecho para acabar antes y ser al menos teniente de alcalde o secretario, como era su padre. Porque ahora que recuerdo, su padre era de ideas fijas y, además, de empleo fijo. No era teniente de alcalde. Era secretario de ayuntamiento, que, en aquella época, vestía mucho.

Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, corrí a decírselo a David, pensando que se pondría contento. Yo no lo estaba. Pero sí estaba asustada. Pero, puesto que nos amábamos tanto, lo lógico hubiese sido que los dos aprovecháramos la situación delicada para casarnos y seguir es-

tudiando, hacer ambos la carrera y criar a nuestro hijo. Yo me conté a mí misma el cuento de la lechera, vamos.

Cuando David me oyó decir:

—Estoy embarazada.

Ya noté que no le gustaba nada, que me miraba con ojos de perplejidad y que se ponía lívido.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Nos hemos hundido.

—Pero ¿por qué?

—¿Qué piensas que dirán nuestros padres? Hay que abortar sin que ellos se enteren, Sandra.

Yo lo miré alucinada. ¿Abortar? ¿Estaba loco?

—Tengo un dinero en una cartilla del banco y lo sacaré —dijo convencido de que yo estaba de acuerdo—. Decimos que nos vamos a un campamento, como otros fines de semana, y a donde vamos es a Londres. Allí lo quitas de en medio en una hora y, al día siguiente, estamos aquí.

Yo me asusté muchísimo, pero más que susto sentí dolor.

¡Yo no abortaría jamás! Así de sencillo.

—Eso nunca. —Y se lo debí de decir con tanta energía, que él me miró espantado.

—¿Tú piensas que tus padres van a consentir que los cubras de vergüenza?

—No lo sé, pero yo me sentiría sucia si deshiciera algo tan mío. Lo siento, David, hemos terminado.

—Escucha...

—No. Hemos terminado y, además, se lo diré a mis padres y no les voy a ocultar quién es el padre.

David me replicó muy convencido:

—Mira, ni tus padres ni los míos van a reaccionar bien. Yo no me caso sin terminar la carrera y lo mejor es quitar de en medio a la criatura.

No hablé más con él.

Me fui a casa y, cuando mis padres subieron de la tienda, los abordé.

Mis padres eran una pareja muy unida. Cómoda. No tuvieron más hijos con el fin de vivir mejor. Nadie soy para juzgar esa postura. Pero sí que estaba dispuesta a defender la mía con uñas y dientes.

—Mamá —le espeté nada más verlos entrar en el salón —, estoy embarazada.

Papá, que se iba a servir una copa, se quedó envarado, erguido, y volvió la cabeza muy despacio. Mamá, que se iba a sentar, se puso en pie de nuevo y se quedó mirándome como si yo fuera un animalito de rara especie y le estuviera picando en los ojos.

—¿Qué dices?

—Eso.

—Pero... ¿cómo te atreves?

—Lo tengo que decir, mamá. No soy un pendón. Tengo novio y... hay cosas que suceden sin que te des cuenta.

Paf, me dio dos bofetadas en plena cara.

¿Si papá acudió a defenderme? Ni pensarlo.

Se sentó al fin y dijo con voz sentenciosa:

—Mañana mismo nos vamos a Londres y el cuento se acabó.

* * *

Son dos personas de misa todos los domingos y fiestas de guardar. No faltan jamás. Hacen obras de caridad y en la villa los consideran dos cristianos de pro.

Pues su hipocresía llegaba al extremo de ponerme a mí y ponerse ellos en pecado mortal, ponerse la ley por montera y asesinar a una criatura.

—No abortaré, y lo digo de una sola vez para que se me entienda.

No quiero relatar el dramón. ¡Para qué! Llamaron a sus amigos, los padres de David, y estos, por lo visto, ya lo sabían, así que llegaron con las uñas afiladas. De boda, fue-

ron sus primeras palabras, nada de nada. Su hijo no se casaba a los diecinueve años, iniciando la carrera y con un porvenir inseguro.

Por lo tanto, aborto.

Algo que no trascendiera. Algo que quedara sepultado en la misma familia. Algo que no pasaría de costar unas pesetas.

Yo no lloré. Estaba destrozada por dentro, pero, por fuera, sabía muy bien que o hacía frente al evento o me crucificaban por evitar vergüenzas y lo demás.

Total que, cuando se fueron los Perol, mi padre empezó a gritar improperios sobre ellos y pienso que la amistad se resquebrajó, pero eso a mí no me importaba en absoluto. Es más, hasta David pasaba al baúl de los malos recuerdos. De repente, dejé de estar enamorada de él y me olvidé de su pasión y la mía.

Una sola cosa tenía clara. No abortaría y, ya visto lo visto, tampoco cometería la torpeza de casarme con un tipo sin entrañas, insensible y, para mí, malvado.

Pero estaban mis padres y mi afán de ser médico y, sin ellos, lo de médico se quedaría en el aire.

—Sandra —dijo papá, y yo, que lo conocía bien, supe que nadie torcería su idea, ni el cariño que me pudiera tener—, tienes dos opciones. O abortar o tomar el tren esta misma noche para donde gustes. Te damos algún dinero y te las compones con tu criatura.

Miré a mamá espantada. Me di cuenta de que pensaba igual que mi padre.

—O sea, que me echáis de casa.

—Ni más ni menos —dijo papá con acento cortante y totalmente deshumanizado—. Tú nos cubres de vergüenza. Nosotros tenemos en esta villa un buen cartel y no vas a ir tú, con tu fechoría, a destruirlo. David no se quiere casar, y los padres, por supuesto, no lo obligarán, porque tampoco desean una boda semejante. Pagan la mitad de los gastos a Londres, eso sí, y aquí como si no hubiera sucedido nada.